



FEBRERO - 2026 - N°199

Adoradores



**Revista de
espiritualidad,
información
y promoción
Eucarística.**



Lo que más desagrada a Dios:

Sólo un mal, sólo una cosa que temer hay en la tierra, y es el pecado. Pág 8 y ss



Sin dudarlo:

Jesús está vivo y presente en el Sagrario, atento siempre a escucharnos. Pág 16 a 18



Los niños y la Eucaristía:

En esta edición conoceremos a san Tarcisio, que con sólo 12 años dio su vida por defender a la Eucaristía. 19 a 21

ñStaff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Inicio de la Cuaresma

Tiempo favorable para volver a la vida.

“En el momento favorable te escuché; el día de la salvación te auxilié” (cf Is 49,8). El apóstol Pablo continúa la cita por estas palabras: “Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación.” (2Cor 6,2). Por mi parte, os hago testimonios de que han llegado los días de salvación, ha llegado, de algún modo, el tiempo de la curación espiritual. Podemos cuidar todas las llagas de nuestros vicios, todas las heridas de nuestros pecados, si lo pedimos al médico de nuestras almas, si...no descuidamos ninguno de sus preceptos....

El médico es Nuestro Señor Jesucristo, quien dijo. “Soy yo quien da la vida y la muerte (Dt 32,39). El Señor primero da la muerte, luego la vida. Por el bautismo, el Señor destruye en nosotros el adulterio, el homicidio, los crímenes y robos. Luego, nos hace vivir como hombres nuevos en la inmortalidad eterna. Morimos a nuestros pecados, evidentemente, por el bautismo, volvemos a la vida gracias al Espíritu de vida... Entreguémonos a nuestro médico con paciencia para recobrar la salud. Todo lo que habrá descubierto en nosotros, como indigno, manchado por el pecado, comido por las úlceras, lo cortará, lo zanjará, lo re-



tirá para que no quede nada de todo esto en nosotros, sino sólo lo que pertenece a Dios.

La primera prescripción suya es: consagrarse durante cuarenta días al ayuno, a la oración, a las vigiliass. El ayuno cura la molicie, la oración alimenta el alma religiosa, las vigiliass echan fuera las trampas del diablo. Después de este tiempo consagrado a estas observancias, el alma purificada y probada por tantas prácticas, llega al bautismo. Recobra fuerzas sepultándose en las aguas del Espíritu: todo lo que fue quemado por las llamas de las enfermedades renace en el rocío de la gracia del cielo... Por un nuevo nacimiento, nacemos transformados.

*San Máximo de Turín, obispo/
Adaptación*



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del

altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.



Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible, pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la

vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



ADORADORES

Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es. Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy
rendidas gracias por los
beneficios que me has dado.
Padre Celestial, te los
agradezco
por tu Santísimo Hijo Jesús.
Espíritu Santo que me
inspiras estos sentimientos,
a ti sea dado todo
honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias
sobre todo por haberme
redimido.

Por haberme hecho cristiano
mediante
el Bautismo, cuyas promesas
renuevo.

Por haberme dado por madre
a tu misma Madre.

Por haberme dado por
protector a san José,
tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel
de mi guarda.

Por haberme conservado
hasta ahora la vida para
hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte
y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición
antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo
de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a
amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte,
vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te
adore constantemente y lo hagas más agradable a tus
divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.



El pecado

“¿No es Señor de señores y Rey de reyes, a quien todo está sometido?”. Continuemos reflexionando con san Pedro Julián Eymard.

Lo que más desagrada a Dios en la tierra y en nosotros es el pecado. Verdad es ésta que merece considerarse despacio. Ni los justos y santos están exentos de pecado. Nosotros mismos, ¿no tenemos la conciencia mancillada con el barro de tantos pecados veniales? ¿No tuvimos alguna vez pecados mortales que llorar?

Temer el pecado

Sólo un mal, sólo una cosa que temer hay en la tierra, y es el pecado. Todo lo que Dios ha creado le agrada, aun las cosas que nos parecen más perjudiciales. Ni el gusano ni la tierra ofenden los ojos de Dios, pues esas cosas están en su ser natural. Mientras que el pecado es una oposición a la voluntad divina, una degradación de su obra, una contradicción a su naturaleza y divino Ser, pues de suyo el pecado tiende a aniquilar a Dios negando y atacando sus atributos, que son su misma naturaleza.

Consideremos este horroroso mal contra Dios.

Una ofensa a Dios

El pecado es una ofensa y un insulto a

la autoridad soberana de Dios, a su majestad e imperio; es un insulto contra el creador. Con facilidad se cree que el pecado no se opone tanto ni toca tan de cerca a Dios, ya que Él no se irrita en seguida ni castiga la ofensa. Pero ¿puede haber cosa más grave que faltar al respeto debido a un superior? ¡Si faltar a alguno al respeto es en la sociedad civil causa de odios, duelos y guerras, y se considera como un crimen! En el mundo no dar al superior el puesto y el honor que le son debidos equivale a despreciarle. Y hay que ver lo atentos que son sobre este punto. Lo contrario no se perdona. Ni hay excusas que valgan, pues se supone siempre que uno ha recibido educación bastante para guardar el debido respeto a los demás, y se arroja de la sociedad a los mal educados, despreciándolos sin siquiera hacerles caso.

Rey de reyes

¿Y merecerá Dios que le tratemos sin miramiento? ¿No es Señor de señores y Rey de reyes, a quien todo está sometido en el cielo y en la tierra, a quien los elementos obedecen, a quien los ángeles miran temblando y tomando por órdenes sus deseos? Los animales, las plantas y los seres inanimados acatan el dominio de Dios y le obedecen; y no por hacerlo sin saber deja de ser un homenaje su obediencia a la autoridad que los gobierna.

Actos de desprecio

Sólo el pecador se atreve a despreciar la divina autoridad. Dios da leyes, amenaza, castiga a los pecadores; más



“Ni los justos y santos están exentos de pecado. Nosotros mismos, ¿no tenemos la conciencia mancillada con el barro de tantos pecados veniales?”.

el pecador se burla de Dios, de sus amenazas y castigos. ¿Que no lo han hecho con estos sentimientos? Ya puede ser. Pero eso significan sus actos; y si no le arrojan directamente a la cara estos insultos, le despreciarían por lo menos con la indiferencia y olvido, no siendo por esto menor el mal.

En el juicio

Reparen en ello. En el día del juicio Dios no dejará de mostrarles los actos de desprecio que han cometido, diciéndoles: Han obedecido a los hombres; ¿acaso no valía yo tanto como ellos? Han respetado a las criaturas, guardan-

do los insultos para el creador. ¿Merecía yo tal tratamiento? No acertarán a contestar a esta justicia irritada, cuya luz pondrá ante los ojos de todos con claridad meridiana todo el horror del pecado, sus consecuencias incalculables y las intenciones más secretas que tengan. ¡Hay tantos que ofenden a Dios! Bueno, ¿y también ustedes quieren condenarse con ellos? ¿Y van a ofender a Dios porque no castiga inmediatamente a los que le insultan?

Delicados con Dios

¡Oh, si tuviéramos un poco de delicadeza de alma, nunca ofenderíamos a Dios! Ni hace falta ser escrupuloso para evitar hasta las apariencias de pecado (el escrupuloso es aquel que se queda siempre en el semi consentimiento); con ser delicados basta y sobra. No se insulta a quien se aprecia.



Faltos de fe

Dejamos de creer en Dios porque nos habituamos en la vida de pecado y no le tratamos con la delicadeza que le es debida.

Resulta que a los hombres se les ve, pero no a Dios, y por eso no se piensa en Él. Pero ¿no tienen fe? Porque la fe es una verdadera vista que nos da noticia más cierta de las cosas de Dios que la que los ojos puedan darnos, mostrándonos objetos sensibles.

Olvidamos a Dios

Se ve con los ojos de la fe como con los ojos de la inteligencia. ¿Ven las relaciones de las ciencias y las leyes del número? Y, sin embargo, no por eso dejan de creer en ellas. Pues entonces, ¿por qué no creen en Dios? Nuestro mayor mal está en la pereza, la negligencia, el olvido y el desaliento, lo cual es indicio de poca fe, respeto y amor. Queremos lo que nos agrada y nos negamos a lo que nos contraría. ¡Cuántas veces nos ha cohibido el respeto humano! ¡Cuántas veces hemos dejado a Dios por el hombre, violando su ley por lo que pudieran decir! ¡Qué desprecio o qué indiferencia! ¡Y tratamos así nada menos que a Dios!

Una oposición a su santidad

El pecado es una oposición a la santidad de Dios, que constituye su naturaleza. Dios es esencialmente santo. La santidad constituye el primero de sus atributos y consiste en cuanto ha-

ya de bueno, hermoso y verdadero. Directamente contra ella va el pecado manchando la santidad divina, que en nosotros habita, porque recibimos una emanación de ella en el Bautismo, con la gracia santificante, que nos hizo santos y semejantes a Dios. Manchamos la divina imagen. De Dios es nuestra alma y templo del Espíritu Santo el cuerpo; somos miembros de Jesucristo, por lo que, pecando, profanamos su cuerpo y metemos en una cloaca a Jesucristo con la túnica blanca de santidad y de justicia que nos ha dado; le entregamos al demonio.

Cosa infecta y maloliente

El pecado es una cosa infecta, una corrupción, una disolución pútrida; hace de nuestra alma un cadáver horrible, sobre todo si se trata de pecados sensuales. ¡Y Dios nos ve en este estado! ¡Qué horror debemos inspirarle a Él, a los Ángeles y a los santos! ¡Porque nos ven todos ellos! San Pablo (2Co 2, 14-15) nos dice que exhalamos el buen olor de Jesucristo, y nosotros despedimos olor de podredumbre. Hay santos que conocen a los pecadores por el olor que exhalan. ¡Qué vergüenza sentiríamos si nuestros pecados exhalaran su olor natural, y sintiéndolo otros lo advirtieran! No nos atreveríamos a mostrarnos ni



podríamos soportarnos. Se dice de Antíoco que la llaga que en castigo de su orgullo recibió despedía tal olor, que comunicó la peste al ejército. Tal es el perfume de nuestros pecados.

Los pecados voluntarios

Por manera que con el pecado manchamos la santidad de Dios en el cuerpo y en el alma. ¿Cómo puede Él venir a un alma en que habita el pecado? ¿Cómo podría poner el pie? ¡Y con todo, le hacemos venir a este estanque impuro! ¿En qué pensamos? Tratándose de pecados de pura flaqueza, pase, porque no son más que polvo, y Dios no tiene horror de este polvo inherente a nuestra miseria; ¡pero pecados voluntarios, pecados a los que se tiene afecto, pecados que hasta por costumbre se cometen!

Le recibimos sucios

Valdría más no recibir a nuestro Se-

ñor que recibirle cuando cometemos pecados habituales. Viene Él con desagrado, le hacemos violencia, se ve ligado y nos obedece, pero ya veremos su venganza cuando llegue el trance de la muerte. Con terrible voz nos dirá: ¿Cómo te has atrevido a recibirme en cuerpo tan abominablemente sucio? Es tal nuestro atrevimiento, que llevamos nuestra podredumbre hasta el cuerpo de Jesucristo, manchándolo. Porque estas especies que tocamos le están inseparablemente unidas; la Iglesia quiere que sean adoradas con el mismo culto de latría que su cuerpo visible, por lo que manchamos su mismo cuerpo con nuestro abominable contacto. El pecado del alma va contra la santísima Trinidad, que en ella habita y la mancilla con su fetidez. La santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos viene sustancial y realmente cuando comulgamos y el pecado ataca a todo lo que hay de más santo, a Dios, a las tres divinas personas, a Jesucristo.



“¿Cómo puede Él venir a un alma en que habita el pecado? ¿Cómo podría poner el pie? ¡Y con todo, le hacemos venir a este estanque impuro!”



Burlamos su bondad

El hombre ofende a Dios porque sabe que es bueno y misericordioso, y entonces se sirve de su amor para pecar.

Quien ha llegado hasta olvidar deberes tan esenciales como el respeto que se debe a la santidad de Dios es más culpable que quien le ofende por arrebató de la pasión.

Nos servimos de Él

La santidad divina no dejará de tomar su desquite golpeando el martillo de la divina justicia, pues Dios no puede consentir que le ofendamos así. Es cosa espantosa decirlo, pero es la verdad que nos servimos de Dios para cometer nuestras iniquidades, de lo cual se queja Él diciendo: “Me hiciste servir en tus pecados” (Is 43, 24). No podemos producir el menor movimiento sin que con voluntad actual coopere Dios, y así desviamos la fuerza y la vida que nos da contra sus designios y lo que al proceder de Él era bueno nosotros lo tornamos malo, violentándole. De cuya violencia se vengará Él eternamente, pues ya llegará su día.

Nos aprovechamos de Él

El pecado es una injuria a la bondad de Dios, una ingratitud abominable. ¿Cómo es posible que viviendo de la bondad de Dios sigamos ofendiéndole? Tan bueno es Dios, que si de nuevo pudiera morir lo haría; ¿y vamos a

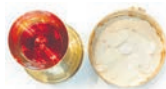
ofenderle porque es bueno? No quiere condenarnos en seguida, ¡y por eso mismo le ofendemos nosotros una vez más!

La ofensa de un amigo

Cuando se piensa en estas cosas, fuerza decir: Soy el más abominable de los seres. ¡Ya lo creo que sí! Y como el pecado crece en proporción de las gracias y favores recibidos de la bondad divina, juzgad hasta dónde llegan nuestros pecados. Más ofende la frialdad de un amigo que los insultos del enemigo. ¡Qué poco delicados somos, pues, para con el mejor de los amigos!

Dios nos ve

A pesar de todo, Dios me trata como amigo. Ello demuestra que Él es buenísimo; pero ustedes, ¿qué dirían si yo les dijera que todos los pecados florecen en sus almas, si los pudiera revelar y mostrarles a los ojos de todos como son a los de Dios? Se cubrirían de vergüenza y querían penetrar en las entrañas de la tierra. Pues bien: sientan vergüenza, porque Dios los ve. ¡Ah!, evitemos el pecado; ante todo, no pequemos ya. A un hijo puede perdonársele el que no ayude a los padres y no sepa hacer nada, pero nunca el que los insulte.



“La santidad divina no dejará de tomar su desquite golpeando el martillo de la divina justicia, pues Dios no puede consentir que le ofendamos así”. Eymard se dirige con fuerza y con términos de su época suplicándonos no pecar.

Al menos un poco de honra

A falta de otra cosa, apliquen cuando menos el principio de que no debe hacerse a Dios lo que no haríamos a un hombre como nosotros. Tengamos cuando menos tanta estima de la honra como el soldado que quiere pasar todo el tiempo sin ser castigado, únicamente para poder decir: Nunca he sido castigado. ¿No tendremos siquiera este sentimiento vulgar de la honra? ¿No vamos a pasar un día sin pecar? ¡Realmente es muy pobre!

No ofendamos más a Dios

No ofendamos ya a Dios. Seamos o no humildes, pacientes, mortificados; hagamos hermosos actos o no los hagamos; es perdonable que no tengan virtudes, pero no pequen ya nunca, se los suplico; no pequen nunca jamás en adelante.

El amor purifica

Es muy cierto que el amor de Dios todo lo reemplaza y para todo basta; pero cuando no purifica del pecado, no es verdadero o no muy intenso. Porque el primer efecto del amor es purificar. Por eso debemos examinar todavía el pecado y sus funestas consecuencias para tener horror del mismo.

Poco horror al pecado

¿De dónde nace que sentimos tan poco horror del pecado que nos quedamos en él sin temor, sabiendo que lo tenemos, y conociéndolo no nos esmeremos más para evitarlo o enmendarnos de él? Nace de la mala o negligente voluntad, de la indelicadeza o del poco amor de Dios. Pronto llegaríamos a santos, si hiciéramos por Dios y por nuestra alma lo que se hace en el comercio y en cualquier estado para lograr feliz éxito.



El pecado venial

Nos acostumbramos a las ofensas leves porque estas son un obstáculo a la gracia que nos pide sacrificarnos cada vez más.

En fin de cuentas, ¿qué es el pecado venial sino falta ligera que no da muerte al alma?, dicen algunos. Y con este pensamiento no se inquietan para nada del pecado venial. ¡Cuántas cosas nos enseñará el purgatorio! Pero, desde ahora, vean los efectos del pecado venial y comprenderán cuánto deben huirlo.

El afecto al pecado

No me refiero a las faltas inherentes a la debilidad humana, que nacen de la fragilidad, contra las cuales se está en guardia, que sólo por sorpresa se cometen, saliendo de ellas luego de cometidas, sino al afecto al pecado venial, que es causa de que lo cometamos fácilmente, de que no se note el daño producido y de que se guarde sin inquietud; en suma, me refiero al pecado venial que primero se comete porque uno lo quiere y luego por costumbre.

Un obstáculo

El pecado venial paraliza el poder de Dios sobre nuestra alma. Cuando Dios se encuentra con el pecado venial en el camino del alma, nada puede, porque un obstáculo detiene su poder. En el otro mundo se paga lo justo sin necesidad del consentimiento

del culpable; más acá, en la tierra, siempre se nos respeta la libertad. Dios no puede hacer más que lo que le consentimos que haga y la voluntad perversa del hombre puede más para rechazar el poder de Dios que Dios mismo. No, Dios no puede nada en aquel cuya conciencia está ocupada por el afecto al pecado venial; es imposible que junte su poder con el nuestro, su acción con la nuestra. En virtud de su propia naturaleza, el pecado es aversión de Dios y constituye una oposición de esencia a esencia y de naturaleza a naturaleza. ¿Qué quieren que haga Dios? Bien podría derrocarlos, pero habiéndonos dado un tiempo para vivir gozando de nuestra libertad, respeta su decreto.

La gracia

El pecado venial detiene el curso de la divina bondad. La gracia es una efusión de la bondad divina y Dios no puede de ningún modo darla a quien dice: No la quiero. Imposible que haga bueno un acto de suyo malo. El pecado venial es una negación que opone-mos a la gracia solicitante, anulando su acción. No pudiendo franquear la puerta del corazón, Dios se retira, pues no quiere violentarla, sino que tan sólo ruega que se le abra. La sagrada Escritura nos lo muestra repetidas



ADORADORES

“No pudiendo franquear la puerta del corazón, Dios se retira, pues no quiere violentarla, sino que tan sólo ruega que se le abra”.

veces pidiendo como amigo al alma que tenga a bien recibirle dentro con sus gracias, o rogando a Israel que le escuche. También durante su vida suplicó nuestro Señor que se dignaran recibirle. Pero no se le quiere, y se ve obligado a retirarse.

Nos paraliza

Hablo siempre del pecado venial, el cual, si bien no destruye el estado de gracia, con todo paraliza su acción. No se opone al hábito de la gracia, pero sí a su eficacia y actos. Es decir, se opone a la gracia actual, tan necesaria para obrar sobrenaturalmente, pues que sin ella no podemos nada para salvarnos. La gracia actual es luz, es inspiración; es el obrar de Jesucristo y de su Espíritu en nosotros. Pues el pecado venial destruye o impide estos efectos. Obscurece al alma, limita su horizonte, la envuelve en tinieblas. La luz de la gracia se nos presenta incesantemente para alumbrar la inteligencia y

mostrar los motivos sobrenaturales y el bien divino, pero si le cerramos la entrada, imposible que entre. El sol de amor sólo alumbrará la piedra de nuestro sepulcro y nosotros quedaremos sepultados en tinieblas.

La luz de Dios

El pecado venial corresponde en esto a un secreto instinto de nuestra caída naturaleza. El hombre teme más la luz de Dios que su misma bondad, porque la luz queda, persiste. Del mismo modo que los judíos no querían oír a Jesucristo, sino que le lapidaban tan pronto como se ponía a decir una verdad, del mismo modo que no se suele querer oír a un pobre que expone sus miserias, sino que se le da en seguida la limosna para que no nos conmueva demasiado, así también nosotros no queremos vernos, ni ver a Dios, ni su voluntad, ni lo que nos pide. Pero la luz que rechazamos nos acusa, y tanto más cuanto mayor sea.



¡No lo dudes!

Jesús sigue viviendo en el Sagrario: escuchando a todos y todo.

Mas oyendo Jesús... (Mt 9,12) Pregunto al Evangelio, el gran descubridor de los secretos del Sagrario, y me responde que ésa es otra de las constantes ocupaciones del Corazón de Jesús en él: ¡Escuchar siempre!

Yo invito a los hombres, a quienes aún les queda un poquito de corazón para sentir y agradecer, a que se fijen en lo que significa esa ocupación del Corazón de Jesús que me ha descubierto el Evangelio.

Primeramente fíjense en que no digo oír, sino escuchar, que es oír con interés, con atención, con gusto. Y después, en que añadido esta palabra: siempre.

Miren tres cosas que no las hace nadie en el mundo: escuchar siempre, escuchar a todos y escuchar todo.

Ni el curioso entrometido, por más interés que tenga en enterarse de todo, ni el amante más firme, por más deleite que tenga en oír hablar a quien o de lo que ama, pueden llegar a poseer toda la fuerza de cabeza, de corazón y hasta de sensibilidad que se necesita para escuchar siempre, a todos y todo.

Y sin embargo nuestra sensibilidad, nuestro corazón y nuestra cabeza reclaman, piden con exigencia siempre un oído benévolo.

Díganme que hay un hombre de saber que no encuentra oídos que recojan sus enseñanzas, que hay otro de corazón ardiente que no halla

quien quiera recoger sus cuitas, y que hay otro que sufre enfermedades y quebrantos sin poder depositar el ¡ay! de su lamento en un oído compasivo y yo les diré que ese sabio y ese enamorado y ese dolorido no escuchados son los hombres más desgraciados de la tierra.

La soledad, la aterradora soledad, perdería la mitad por lo menos de sus temores si los que la sufren encontraran quien se pusiera a escucharlos.

Con solo escuchar

Almas con muchas ganas de practicar la caridad, ¿no se habían parado a meditar en el bien que podrían hacer sólo poniendo sus oídos a disposición de los desgraciados?

Pero ¡qué pena!, la experiencia me ha llevado a hacer un balance entre dolores y alegrías, cariños y odios, anhelos y temores que contar y oídos que se pongan a escuchar y he deducido que hay un gran exceso de aquéllos sobre éstos.

¡Qué bien se entiende ahora la exclamación de los libros santos repetida bajo mil formas: Escúchame: ¿a quién iré, Señor, que me escuche?, ¡y qué bien se entiende así la ocupación del Corazón de Jesús que me descubriría el Evangelio: “escuchar siempre”!

Sí, sí, sépanlo bien, almas que tienen que contar y no encuentran quien les escuche, sepan que en el Sa-



ADORADORES

grario hay quien escuche siempre, a todos y todo.

Siempre

¿No se acuerdan? Lo mismo buscaban al Maestro a la caída de la tarde para que bendijera y curara a los enfermos, que a media noche cuando dormía, para que aplacara los vientos y los mares; lo mismo le pedían en las glorias de la transfiguración que en las ignominias de la calle de la Amargura y del Calvario... Siempre, siempre escuchaba.

Y a todos

Lo mismo escuchaba al discípulo ingenuo que preguntaba para saber, que al fariseo astuto que le preguntaba para agarrarlo, lo mismo a la muchedumbre que lo cercaba, que al ciegucecito mendigo del camino, lo mismo a su Madre Inmaculada, que a la mujer pecadora; escuchaba a todos.



Y ¡pensar que en muchos
Sagrarios no hay quien le hable...!



ADORADORES



El Jesús de nuestro Sagrario escucha con su oído, porque lo tiene para eso, y con su cabeza, porque siempre atiende y entiende, y sobre todo con su Corazón..., ¡porque ama...!

Y todo

La petición de la fe, que hablaba sólo con el corazón en la hemorroísa y en Zaqueo, y el grito de la blasfemia del Pretorio, el Hosanna del triunfo y el falso testimonio, el llanto reprimido de los penitentes y el mal pensamiento de sus enemigos. ¡Todo, todo eso lo escuchaba!

Y, así sigue viviendo en el Sagrario: escuchando a todos y todo.

Con una gran diferencia entre su manera de escuchar y la que suelen tener los hombres; éstos acostumbran a

escuchar sólo con el oído, a lo más con la cabeza.

El Jesús de nuestro Sagrario escucha con su oído, porque lo tiene para eso, y con su cabeza, porque siempre atiende y entiende, y sobre todo con su Corazón..., ¡porque ama...!

Y ¡pensar que en muchos Sagrarios no hay quien le hable...!

¡Madre Inmaculada, ángeles del Sagrario, hablen mucho al oído de su Jesús en esos Sagrarios de tan doloroso silencio!

San Manuel González/ Adaptación

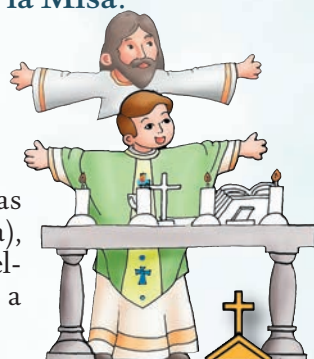
Chicos Adoradores



A Jesús le encanta la presencia de los niños en la iglesia. Le alegra que vayan a Misa, que lo adoren, que recen y le canten. ¡Jesús se alegra mucho cuando lo visitas! Jesús se quedó con nosotros en el pan consagrado, que es la Eucaristía. Ese pan se consagra en la Misa.

Presencia viva de Jesús en la Eucaristía

Cuando el sacerdote, en la Misa, dice las palabras de Jesús (las mismas que dijo en la Última Cena), el pan se vuelve el cuerpo de Jesús y el vino se vuelve su sangre. Aunque sigan viéndose y sabiendo a pan y vino, ¡es Jesús!



Un amigo real que te espera

¿Te gusta tener amigos que te quieren mucho y se quedan contigo para jugar y ayudarte? Bien, sabes que Jesús es el mejor amigo, y en la Eucaristía se queda ahí, en el Sagrario (esa cajita especial en la iglesia), esperándote para escucharte y darte su amor.



Más nombres de la Santa Misa

Busca las palabras relacionadas con

Jesús Eucaristía:

Cena del-Señor-Santa-Misa-Eucaristía-Cumbre de la vida Cristiana-Reunión de los Cristianos-Fracción del Pan

Ñ	L	C	U	M	B	R	E	D	E	L	A
O	L	P	E	N	U	L	Ñ	U	M	D	T
S	I	G	U	N	O	I	C	E	I	R	N
C	M	H	J	I	A	A	E	V	S	F	A
R	L	G	T	S	R	D	Y	S	A	E	S
I	S	B	O	I	R	N	E	Z	T	I	U
S	E	R	S	N	T	Ñ	S	L	R	O	I
T	O	T	I	E	O	I	P	B	Z	C	E
I	I	H	U	R	E	U	N	I	O	N	A
A	M	O	E	Y	Q	P	I	A	R	E	T
N	O	I	C	C	A	R	F	O	S	E	G
A	S	S	O	N	A	I	T	S	I	R	C



Jesús está contigo

Jesús está presente en el Sagrario, esperando que lo visitemos.
Adorar es pasar tiempo con Él, como si le diéramos un gran abrazo de amor en nuestro interior.

Correspondencia

Jesús está vivo en la Eucaristía: La Eucaristía nos hace gustar ya la Vida eterna porque nos llena de gracia y bendición del Cielo, nos alimenta y fortalece, y nos hace desearla

Une las palabras para completar las frases (como el ejemplo):

- En cada Misa, Jesús se hace presente bajo
- Ese pan no es solo pan,
- Cuando comulgamos, Jesús está real, verdadera y sustancialmente
- Para recibir la Eucaristía hay que estar en
- Jesús dijo: “El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre, (Juan 6,54)...
- La Virgen María es “Mujer Eucarística”,

- tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el día final.”
- gracia de Dios (sin pecado mortal).
- porque Ella es la primera que adoró.
- presente en nosotros bajo las especies del pan consagrado.
- es Jesús mismo, es el Cuerpo de Cristo.
- las apariencias de pan y vino.

Jaculatoria para saludar a Jesús Eucaristía, cada vez que Lo visitamos en el Sagrario

“Alabado y adorado sea Jesús en el santísimo Sacramento del altar, sea por siempre bendito y alabado Jesús sacramentado”.



Piensa y responde

- .-¿Qué actitud debo tener cuando entro a la iglesia?
- .-¿Qué le dirías a Jesús si lo tuvieras muy cerquita en el Sagrario?

Adolescente mártir de la Eucaristía



Tarsicio, era un adolescente que amó mucho a Jesús Eucaristía, y lo mataron por defenderla. ¿Quieres saber su historia?

❖ Hace muchos, pero muchos años, allá por los años 300 o 400, había un niño cristiano que vivía en Roma, Italia y se llamaba Tarsicio. En esa época los cristianos eran perseguidos por su fe, y a pesar que era apenas un adolescente, tenía un corazón valiente y amaba mucho a Jesús, y a la Sagrada Eucaristía. Un día, el sacerdote le pidió que llevara la Eucaristía escondida, a unos cristianos que estaban presos por seguir a Cristo. Sabías que ese tiempo, recibir la Comunión era muy peligroso porque había gente que no querían a Cristo, y se enojaban con ellos; pero Tarsicio aceptó con alegría y fe. Mientras iba por el camino, un grupo de niños paganos (que no creían en Jesús) lo vieron y querían saber qué es lo que llevaba escondido. Le exigieron que se los mostrara. Tarsicio no quiso entregar el Cuerpo de Cristo, porque sabía que lo podían profanar (tirarlo o jugar con Él, y entonces lo guardó en secreto, protegiendo a Jesús Eucaristía. Enojados, lo golpearon y le tiraron piedras, hasta que cayó en el piso desmayado, y cuando unos soldados cristianos lo encontraron, ya estaba muy herido. Antes de morir, Tarsicio ya no tenía consigo las hostias ¿por qué? Porque Jesús mismo se había escondido para proteger su Cuerpo. Así, este valiente niño adolescente se convirtió en mártir de la Eucaristía, porque dio su vida para que Jesús no fuera ofendido, y para que otros pudieran comulgar. Ahora su cuerpo está sepultado en las Catacumbas de San Calixto de Roma, y desde entonces es recordado como el patrono de los monaguillos y servidores del altar.



Piensa y responde



¿Qué harías tú si tuvieras que proteger a Jesús Eucaristía como lo hizo San Tarsicio?

¿Lo amarías con todo tu corazón? ¿Te gustaría ser su amigo valiente?

Jesús también confía en ti y quiere que tú lo ames con todo tu corazón. ¿Cómo demuestras que lo quieres?